



En 1990 los tres Departamentos de Historia del Arte de la UCM iniciaron la andadura de *Anales de Historia del Arte*, y diez años después, en 2001, Diego Suárez-Quevedo fue nombrado su director. Le correspondió ser el responsable de la adecuación de la revista a los nuevos procedimientos y exigencias de calidad que se implantaban por entonces, tales como la reforma del Consejo de Redacción con la incorporación de miembros externos a la UCM, la creación de un Consejo Asesor que incluyera especialistas de universidades extranjeras, y la obligatoriedad de evaluadores externos para todos los estudios. La Dra. Moreno Alcalde y yo misma fuimos sus colaboradoras más directas a lo largo de estos 16 años, como secretarias del Consejo de Redacción y fuimos testigos de la dedicación e ilusión que puso en el desempeño de su labor. La continuidad de *Anales* y su constante mejora se convirtieron en un reto personal que le ocasionó algunos sinsabores, pero que hizo posible que la revista superara momentos difíciles, marcados últimamente por unas duras restricciones económicas.

Su fallecimiento inesperado coincidió con su jubilación y con el lógico relevo de sus funciones. El nuevo equipo de *Anales de Historia del Arte* sabrá sin duda, seguir con la tarea con el mismo empeño.

Pero, dejemos a un lado la mención a su extensa y fructífera labor docente e investigadora, y dediquemos estas líneas a recordar a Diego, persona. Diego alumno, amigo, compañero en la docencia, amigo, referente de la Facultad de Geografía e Historia, amigo...

Hace 40 años completaba su Licenciatura de Historia del Arte, recién llegado de sus queridas islas, siguiendo a su maestro, el Dr. Hernández Perera. Algo mayor que sus compañeros de aula, con su porte enjuto y elegante, y una inteligencia extraordinaria, destacó desde el primer momento. En esta etapa tuve el honor de darle clase de Arte Medieval cuando me iniciaba en la docencia sustituyendo a una profesora de baja por maternidad.

¡Nunca olvidaré tus clases de Arte Prerrománico...la miniatura y los marfiles carolingios y la tabla Genoes-Elderen!, me decía con su bellísima sonrisa medio sarcástica, medio agradecida. Desde entonces tuve el honor de ser su amiga.

Su pasión por la arquitectura, por la música -las tres “B”, el piano y la Opera “*italiana por favor!*”, nos acercaron más; también su interés por todo lo relativo al paso del mundo medieval al mundo moderno. Y al hablar de estos temas con una exquisita erudición pero sin el menor asomo de petulancia, daba por hecho que su interlocutor sabía tanto como él, por lo cual siempre te descubría cosas, puntos de vista, a partir de ese momento indispensables.

¿Cómo no recordarle?. Cada entrada o salida de la Facultad camino del parking era una ocasión para charlar con él, a veces largamente, mientras fumaba su cigarrillo, sentado desgarbado sobre la barandilla a la que la campaña antitabaco le había relegado. Daba igual que fuera septiembre o junio, lunes o viernes, que fueran las 10 de la mañana –“*el primero del día*”, decía a los amigos pesados que le recriminaban-, o las 9 de la noche.

Y a mediodía, la visita obligada a la cafetería de profesores en la que primero Julián, después Miguel, departían con él durante unos minutos muy jugosos, hasta que le rodeábamos una larga lista de profesores, deseosos de compartir un momento agradable y especial cuajado de erudición, de amor por la música y la literatura, y salpicado de chascarrillos, antes de reemprender las tareas de la tarde.

Strano, di capriccioso ingenio, solitario, malincolico, son las palabras empleadas por Vasari en *Vite*, para calificar a Paolo Uccello y sus pinturas en el *Chiostro Verde* de Santa Maria Novella. Diego también podría definirse así*e più non si può dire...!*

Le echamos de menos.

M^a Victoria Chico Picaza
Universidad Complutense de Madrid